

Pedro Fernández Puig

*Aixerrota,
el legado del irlandés*

EC.O
EdicionesCivicas.O

Texto promocional de “**Aixerrota, el legado del irlandés**” para descarga libre.

La editorial permite la reproducción y difusión del siguiente texto siempre que no conlleve un interés lucrativo.

I

—¡Calma y ley! ¡Guardad orden!

Primer amanecer de verano. Quizás esperaba por eso más luz, pero el puerto de Doolin despunta oscuro y cubierto de niebla, gris por las muchas familias católicas que avanzaban despacio, cargadas con sus enseres y cuidando de sus hijos, resignadas a embarcar en el bergantín que se balanceaba junto a mí.

La vergüenza nos hacía mirar al suelo empedrado y húmedo sabiendo que, cuando el buque nos engullera, viajaríamos lejos, forzados a vivir otra vida en un lugar lejano donde no fuéramos perseguidos por nuestra religión católica.

Tres soldados a caballo nos vigilaban, gritándonos continuamente.

—¡Seguid, seguid! ¡No os demoréis!

Mi destino flotaba enfrente con un leve cabeceo. Los demás iban subiendo pero yo todavía no. Esperaba junto al barco al buen cura don Ignacio. Le buscaba estirando la mirada hasta donde el puerto se hacía ciudad, y más atrás, donde la ciudad se hacía campo verde para derramarse al mar en los acantilados de Moher. La luz del amanecer los recortaba con un amarillo que dañaba la vista.

Dijo que vendría para despedirme. Palabra de vasco, apuntó. Pero no llegaba.

— ¡Calma y Ley! ¡Adelante!

Muchas familias enteras embarcaban enmudecidas en contraste con la actividad frenética de los marineros. Cabos, gritos, amarres. Maldije el nombre del barco, pintado en la popa con letras blancas de reborde rojo y oro: *Alproja*. Don Ignacio, el cura de un pueblo llamado Getxo, me dijo que en vasco significa algo así como sinvergüenza, insolente o canalla.

Le busqué de nuevo por el puerto. ¿Dónde estaría?

—¡Paz y ley! ¡Recordad que sólo puede subirse a bordo aquello que se soporta encima!

Cada miembro de familia portaba algo, hasta los más pequeños. Un chiquillo me miró mientras ascendía por la tabla, llorando y con los dientes apretados. Cargaba el doble de su peso pero no podía ayudarle. Aquellos bultos demasiado voluminosos o pesados debían venderse a los mercachifles protestantes que rondaban como buitres esperando su momento.

Ahora llegaban hasta mí.

—¿Te sobra algo? Nosotros compramos. Pagamos bien.

¡Cómo los despreciaba! Pero no podía hacer nada más que mirar, pensar, imaginar lo que les haría si los soldados no estuvieran allí.

—Lleva todo encima —señaló uno—. No tiene más.

Y así era, no llevaba nada, sólo un saco al hombro. Seguramente adivinaron lo que había dentro: dinero, varios documentos y ropa. También pan, además de unas manzanas.

Tras la marcha de aquellos cuervos, el embarcadero se fue despejando. Sólo faltaba yo para cruzar la pasarela. El sonido de los cascos de uno de los caballos

acercándose me tensó más aún, y don Ignacio seguía sin aparecer.

El jinete llegó hasta mí. Su montura se arrimó mostrándome el camino.

—Debe subir a bordo. ¡Muévase!

Miré en el reflejo del agua y me vi allí, un hombre solo, envuelto en una túnica granate. Ni rastro de mi posición familiar, la distinguida familia comerciante de los O’Shea. ¿Veinte años? Parecía más viejo. Quizás lo fuera por dentro.

—Edmundo, sube ya. Por tu bien.

Reconocí la voz del soldado. Era William, fuimos amigos. Los otros dos jinetes querían acercarse pero les indicó con un gesto que permanecieran. Y lo hicieron, a regañadientes. Necesitaba unos minutos más.

—William, comienza a soplar brisa. La marea va a cambiar, ¿no crees?

—Edmundo, ¿qué aguardas?

—Espero a don Ignacio.

—¿El curilla? Bastantes problemas tienes, más te valdría cruzar la rampa.

Cerré los ojos y recé en silencio. Don Ignacio dijo que vendría y siempre cumplía, pero el día aclaraba y me temí lo peor. Un cura católico en tierra hostil... Respiré hondo. De pronto, una sombra se dibujó en el camino.

—¡Ahí está, por fin!

Andaba despacio, como siempre, aunque tuviera prisa. Se santiguó al pasar junto a los primeros soldados.

—La paz sea con vosotros, hermanos.

Se revolvieron en sus caballos aguantando la desfachatez. No podían hacer nada. Otro día, quizás.

—Bueno, he llegado. Creí que no te vería partir. Permíteme coger aire un momento... ¿Te dejan ir? Bien. ¡Gracias a Dios!

—Dios parece no haberme ayudado mucho hasta ahora. Me pregunto dónde estará hoy.

Don Ignacio me endosó un cariñoso pescozón.

—Debes ser valiente, lo suficiente para aceptar tu destino y renacer allá, en mi tierra.

—¡Huyo cual cobarde!

—¿Cobarde? ¡O'Shea, el acto valeroso es irse! Lo dificultoso es lograr la fuerza para ello, dejar todo, proteger así a los tuyos, no tramar venganza.

—Fácil es decirlo sin saber lo que se siente.

—¡Sí que lo sé! Tiempo atrás también yo... Verás, no siempre tuve esta edad ni condición. Quizás ha llegado el momento de que te lo cuente...

Encima de nuestras cabezas apareció la figura del capitán que observaba la situación apoyado sobre la amurada del barco. Después, volvió dentro mientras maldecía algo en un idioma que no era el español que me había enseñado don Ignacio.

Entonces, William me desplazó con su caballo de nuevo hacia la pasarela, o hacia el agua.

—Tenéis suerte, se os deja partir.

—¿Suerte? Dejamos aquí el alma. Y los meses precedentes han sido terribles procurando que nunca llegara esta noche. Hoy he cerrado la puerta de mi hogar por última vez. ¿Sabes lo que es eso?

—Edmundo, mis dos amigos se inquietan.

—Qué ironía, William. De niños saltábamos al agua desde este embarcadero.

—Me acuerdo de todo, O'Shea, de la niñez y de la juventud. También de las tabernas, de la música, de la cerveza y de cuando miramos por primera vez a mujeres de verdad.

—Yo mantuve la amistad, la lealtad.

—Palabras vacías. Siempre hubo una brecha, dos religiones, dos mundos. Los planes de nuestro rey Jorge para Irlanda exigen mano dura, sin titubeos.

—¿Y qué culpa tengo yo, o estas familias, en tan altos asuntos?

—¿Aún no lo entiendes? No hay bando neutro, gana quien tiene el poder de terminar con su enemigo. Tu actitud cobarde te ha perdido, siempre tan tibio y moderado.

—¡Mi valor fue permanecer aquí y no huir a Dublín como hicieron otros!

—¡No! Escondido tras esos valores has evitado enfrentarte: la amistad, el deber, la protección de familiares... No tuviste el arrojo suficiente, y ahora la Cámara de Comercio te incrimina en fallas comerciales. Has sido inhabilitado.

—¡Sabes que todo eso es falso!

—Sé que tus bienes pasarán a otras manos. ¡Y también que te advirtieron de cárcel!

—¡Paz, hermanos, paz! —añadió don Ignacio.

Debía callar, bajar la cabeza y enmudecer.

De camino hacia el barco me esperaban dos hombres y peleamos. Tenía en la sien derecha un golpe que ya no sangra. Ellos yacían junto al molino. Quizás debí luchar antes, quizás debiera hacerlo ahora.

Le miré a los ojos.

—Vaya, ¿quieres enfrentarte por fin?

Mantuve la mirada. Su caballo se movió un poco más y me colocó sobre el borde de la pasarela y el muelle. Pensé en cómo saltarle encima. Imaginé quitarle la espada antes de que los demás se echaran sobre mí. ¿Alguien del barco me ayudaría? Pensé y pensé, pero permanecí inmóvil.

—Edmundo, éste barco va a zarpar y saldrás en él. La otra opción ya la conoces. He venido a decírtelo yo, aquellos no quieren esperar más.

Espoleó la montura y regresó con los jinetes.

El capitán volvió a asomarse.

—Señores, siento zanjar su tertulia pero la marea está en el límite. Suba usted o quédese en tierra, partimos de inmediato.

Comenzaron a soltar los cabos y, sin pensarlo más, abracé al buen cura. Después, él me extendió la mano entregándome un pequeño bulto envuelto en un paño.

—¿Qué es esto?

—Casi lo olvido, se llama “Historia de Getxo”. Es un libro extraordinario de un hombre más extraordinario aún, el Padre trinitario Carlos María Zabala. Fue un honor conocerle. Estúdialo con detenimiento durante el viaje. He adjuntado pequeños mapas de mi cosecha.

—¡Adiós, y cuídese de ellos!

Salté a la pasarela en el último momento, mientras las órdenes y gritos para el desamarre se mezclaban con los llantos de algunos pasajeros. Nadie más nos despidió, salvo él, que se desgañitaba en un último sermón para darnos ánimos.

—¡Recordadlo todos: el acto realmente valeroso es irse! ¡Las tierras vizcaínas son un buen lugar!

Y las velas le silenciaron cuando se hincharon protestando, haciendo dar saltos a la proa que cortaba el agua sacándonos del puerto entre quejidos de la madera, y colocándonos de inmediato en paralelo al verde infinito que caía desde los acantilados de Moher, para abandonar el pequeño Doolin, sus castillos y su cueva.

Todo demasiado rápido, imparable. Pero ya estaba hecho. Dije adiós al lugar donde nací, crecí y pensé que acabaría mi vida.

—Que Dios nos ayude.

Las familias rezaban al viento mirando cómo la costa se alejaba. Al frente, el mar inmenso nos esperaba y con él llegó un frío tal que nos obligó a ubicarnos para el viaje. Todos buscamos refugio y la escalinata que llevaba al interior se abarrotó en un instante.

Una vez dentro, busqué un lugar donde poder sentarme pero en este nuevo mundo tan diminuto había demasiada aglomeración, demasiado bullicio y desorden. Así que luché contra los que bajaban y salí de nuevo a por aire para respirar, igual que tras una profunda zambullida.

De nuevo en cubierta, desconcertado y sin cobijo, me dejé empujar por el viento helado hacia la popa del barco. A medida que me acercaba, comencé a escuchar una guitarra que lanzaba notas al mar. Allí, en un recoveco, al socaire, un hombre mayor cantaba cerrando los ojos y mirando al cielo.

—¿Le importa que me sienta? —pregunté.

Me contestó con la mirada sin dejar de cantar, sonriente, en un idioma que no entendí.

—*Nekez uzten du bere sorterrria, sustraiak han dituenak.*¹

Agradecí su música, compuesta por extraños sonidos vocales en suaves tonos agudos y bajos. Recreaba el sentimiento atormentado y al tiempo esperanzador que todos los viajeros de aquel barco llevábamos dentro.

—Preciosas melodías —le dije.

Sus canciones ponían sonido a la tierra que se marchaba, cada vez más violácea. Me resigné al momento fatal en el que desapareciera en el horizonte.

El anciano se volvió y me preguntó:

—*Txoriak maite?*²

No le entendí, pero asentí y cantó de nuevo. Su lenguaje era extraño, seguramente el euskera del que me habló el cura tranquilo, quien mantenía la calma como un general en la batalla, de pie, orientándonos mientras los demás corríamos sin rumbo. Don Ignacio.

Nuestra amistad se inició con sus clases del idioma español hacía ya unos años. Recordaba la conversación de la tarde anterior, cuando me había convencido por fin para abandonar Irlanda definitivamente junto con un nuevo grupo de amenazados.

—Fácil decir que huya, don Ignacio. Pero ¿a dónde voy a ir?

—Edmundo, es mucho más sencillo de lo que crees. Puedes ir a mi pueblo, a Getxo. Allí te acogerán bien. El *Alproja* hace el recorrido casi todos los meses y mañana saldrá de nuevo, al amanecer.

¹ Difícilmente deja su origen quien tiene allí las raíces... Canción de Mikel Laboa: "Atzerritarrak" (los extranjeros).

² ¿Te gustan los pájaros?

—Y una vez allí, ¿dónde viviré? ¿Cómo me ganaré la vida?

Don Ignacio miró hacia el suelo con los ojos a medio cerrar y, tocándose el lóbulo derecho, sonrió de medio lado. Era un gesto muy suyo, la antesala de la respuesta a una pregunta esperada.

—Verás, Edmundo, he vivido épocas parecidas de odio y persecución y supe tiempo atrás que llegaría este momento para ti, o incluso de nuevo para mí. Por ello te hablé tanto sobre mi tierra mientras aprendías este idioma y hace meses, por la misma razón, puse al corriente de todo a mi sobrino Iñaki. Le ordené que cada vez que llegara el barco de Doolin al puerto de Getxo esperaran en él a tu persona, e incluso a la mía. La colonia Irlandesa es grande allá y les va bastante bien. No te faltarán amigos. Eres un buen comerciante.

—No quiero ser uno de ellos, de los que huyeron antes. ¡Yo juré no hacerlo nunca!

—Pues quedas perdonado. *Ego te absolvo*. Libera tu pena y comienza de nuevo.

Cuando regresé de mis pensamientos, el hombre de la guitarra ya no estaba. Volví la mirada hacia Doolin, pero la tierra también había desaparecido en el horizonte y, ante la única vista del mar azulado, tuve que aceptarlo. Viviría la vida que impulsaba el viento del barco, un libro nuevo con hojas blancas.

Levanté un brazo y saludé al vacío.

—Adiós mi querida Irlanda, siempre permanecerás en mi corazón.

Me incorporé y miré mi pequeño mundo. El sol que había ascendido rápidamente calentaba algo y la menor velocidad del barco hacía que soplara una brisa casi

agradable. Para entonces ya había sobre la cubierta varios infantes de todas las edades correteando peligrosamente y trasteando con todo aquello que no estaba destinado a tal fin, pese a las advertencias de sus padres.

—¡Cuidado, niños! ¡O acabaréis en el mar!

No hacían caso, era lo propio, la razón por la que la humanidad perdura desde siempre. La vida se abría camino, imparable.

Decidí buscar un lugar definitivo donde poder acomodarme y avancé entre ellos. A los pocos metros, dos pequeños me interrumpieron el paso.

—¡Alto, señor! Le compramos barato lo que no pueda cargar. ¿Qué lleva en el saco?

Me encogió el corazón la inocencia terrible de su juego. Incapaz de contestarles, continué mi camino con una mueca por sonrisa. Quise intentarlo otra vez y descendí las escaleras hasta bajo cubierta, pero el interior saturado por las familias y sus pertenencias me hizo cambiar de opinión y regresé fuera.

Vagué por cubierta donde el capitán fumaba junto con unos marineros. Supuse que aquel sería un buen lugar para detenerme, a pesar de lo encendido de su conversación.

—*Kaltea dagianak bizarra lepoan!*³

Llegué a su lado, yo sonriendo y ellos mirándome en silencio. Esperaba que me ofrecieran tabaco, o que me incluyeran en su tertulia, pero no fue así. Salí del paso señalando unos cabos cercanos sobre el suelo.

—Perdóneme, capitán. ¿Molesto sus trabajos si me siento allá?

³ Lema del escudo de Getxo: “quien haga el mal que vigile su espalda”.

—Puede sentarse.

Había respondido sin apenas mirarme. Me retiré un tanto desconcertado para conformarme sobre las cuerdas. Seguían hablando.

—¡Los fueros no se tocan!

—*Ta nork galaraziko dio, honek?*⁴

Me miraban. Contrariado, desenvolví el libro sobre Getxo que me había regalado don Ignacio. El capitán puso fin al descanso.

—Bueno, basta de charla. ¡A trabajar!

Obedecieron de inmediato. Él se quedó cerca, trasteando con los instrumentos de navegación mientras los demás se perdieron por el barco aún discutiendo.

—*Matxinada da erantzuna.*⁵

—*Ixo, motel!*⁶

Intenté leer el libro. Sin embargo, los ecos de la madrugada pesaban aún en mi mente impidiéndome asentar las letras, que cabrioleaban sobre el papel. Levanté la vista al sol, consolando mis recuerdos con el escándalo de la cubierta. Pequeñas esperanzas viajaban en el barco. Niños que dejarían de serlo lejos de su tierra jugaban ajenos a su destino, inocencia digna de lástima.

Miré al capitán. Su expresión contradecía mis sentimientos.

—Niños...

Gruñía. Podía percibirse su trastorno ante la cercanía de tales seres, sentimiento en las antípodas del

⁴ ¿Y quién lo va a impedir, este?

⁵ La respuesta es la revuelta. *Matxinada* es el nombre que se le da a las revueltas y provenía del nombre Martín: agricultores, matxines.

⁶ ¡Cállate, hombre!

de las criaturas, para los que aquel hombre equivalía a un ser mágico, una gran imagen barbuda y fantástica rodeada de hechizo y sugestión. ¡Por todos los cielos, era el capitán del barco! Varios de los más chicos comenzaron a acercársele. Decidí prevenirle.

—Allá van capitán, los gorriones al pan.

Por su expresión pensó en huir, pero un valiente le hizo frente. Detrás le seguía el coro.

—Capitán, capitán, capitaaaaan, capitaaaaaan, capitaaaaaan.

Él miró al mar, retrocediendo hasta chocar con el mástil, pero su indiferencia sólo lograba incrementar la participación.

—Capitaaaaan, capitaaaaaan.

Una niña de no más de cuatro años y pelo caracoleado se adelantó a todos sus compañeros y se asentó firme frente a él, mientras los demás continuaban su llamada tribal.

—¡Capitaaan!

Y cuando la pequeña levantó su mano y tocó la del capitán, todos callaron de golpe, como si hubiera finalizado algún tipo de rito paroxístico.

La sonrisa forzada del capitán ante tal gesto hizo que el interrogatorio múltiple comenzara. La primera pregunta, de la propia niña, resultó un cañonazo de popa a proa.

—Capitán, ¿por qué flota el barco?

Antes de que pudiera llegar a imaginar siquiera la respuesta, le soltaron una andanada al unísono.

—Capitán, ¿y por qué el mar es azul?

—¿Y por qué es tan grande que no se acaba nunca?

—Pues, eeeh...

—¿Y si te caes, te ahogas?

—¿Y si te *agogas* te puede comer un *tigurón*?

—Pero...

—¿Y las chicas pueden ser capitanas?

Harto de tanto infante a su alrededor comenzó a maldecir de tal manera que no repito lo que de su boca salía por respeto a la Iglesia y a sus ministros, pero sus expresiones eran de tal blasfemia que llegué a temer porque el Altísimo nos enviara a pique con las ofensas recibidas.

—¡Largo de aquí, pandilla de enanos insoportables!

Los críos huyeron en estampida atropellándose los unos a los otros, gritando alocadamente mientras el capitán reía satisfecho. Sin embargo, continuaron observándole desde lejos, escondidos, para asomar después la cabeza hasta que él giraba la suya haciéndoles ocultarse de nuevo.

—¿Están aquí Patrick y Ann?

Las voces de varios padres interrumpieron la diversión. Gritaban en todas direcciones.

—¡Patrick! ¡Ann!

Silencio. Sólo se oía el mar.

El capitán preguntó irritado.

—¿Qué sucede?

—Echan en falta dos niños. Jugaban, según dicen, en la zona de popa. Pero ahora nadie da con ellos.

¿Podrían haber caído al agua? El miedo por su suerte y las caras de sus amiguitos me trajeron un recuerdo triste de la niñez. Nuestro amigo Iñigo, cuando teníamos diez años. Su familia era española. Nos sentábamos juntos en la escuela y llegábamos todos a ella, menos las chicas, caminando por el camino de los

carruajes, donde nos habían prohibido mil veces ir. Jugábamos a poner piedras en el suelo para ver cómo las destrozaban sus ruedas al pasar.

Aquel día yo no iba con ellos, no recuerdo por qué, pero sí me acuerdo de que nevó. Al llegar a clase todos comentaban el accidente. Se lo habían llevado al médico, malherido. Rezamos hasta media mañana sin parar. Después, llamaron a la puerta de la clase y el profesor salió. Esperamos en silencio. Cuando se abrió de nuevo, nos lo soltó de golpe.

—Iñigo ha muerto.

Quise llorar, de verdad que quise. Las chicas lo hacían sin parar. Escondí la cabeza sobre los brazos encima de la mesa. Pensaba en su cuerpo, bajo las ruedas como las piedras rotas, con el frío de la nieve, manchada seguramente. Ahora, en la distancia, imagino el horror de su familia, igual que los que ahora llamaban, sin éxito.

—¡Patrick! ¡Ann!

Poco más podíamos hacer, salvo colaborar.

—¡Venga, vayamos a buscarles!

Todos, salvo el capitán que continuaba con sus labores, repetimos la llamada durante largo tiempo por el barco, pero sin resultado. Tras una hora interminable, incluso él se interesó por el asunto.

—¿Les han encontrado?

—No.

Preocupado, descendió al interior del navío. Le seguimos cual comparsa. Cerca de las cocinas comenzó a gritar cosas inexplicables para un momento como aquel.

—¡Voy a dar fuego al barco! ¡Miles de serpientes hambrientas y arañas gigantes corren por cubierta devorando niños!

Entonces, los dos ratoncillos se movieron desde debajo de unos equipajes entre lloros y gritos, buscando la protección de sus padres.

—¡Malditos críos! Se divierten con el sufrimiento de los demás. Almas oscuras...

Y tras un nuevo recuento de vástagos, todos tornamos a la normalidad, que nunca a la tranquilidad pues volvía el revolotear estridente de la vida por todo el bergantín.

Yo les observaba desde mi asiento sobre los cabos y, con el tiempo, o bien su número había aumentado o el barco se estaba haciendo más y más pequeño. Las peleas comenzaban a ser constantes y el escándalo se estaba volviendo insoportable. Y en el terrible aburrimiento de la navegación se me ocurrió practicar el juego que triunfaba en nuestras comidas familiares.

—¡Venid aquí todos! Os enseñaré a hacer la cometa de la vieja camisa. ¡Acompañadme!

Recorrí el barco con mis pequeños ayudantes, cada vez más numerosos, hasta conseguir el material: un par de palos, cuerda y una camisa añeja. Provoqué así la curiosidad de otros más mayores y, en poco tiempo, tenía a casi todos los viajeros sentados alrededor, dispuestos a no quitar ojo a mis instrucciones.

—Atentos.

Observaba fijamente a cada uno de los chiquillos para mantener su atención.

—Primero haremos la señal de la cruz con dos palos de madera, antes de comenzar.

La plegaria les ayudaba a concentrarse. Además, me sentía liberado pudiendo expresar mi religión de forma natural y deseaba que ellos también lo hicieran con

absoluta espontaneidad. Mientras oraban, yo disfrutaba viendo sus miradas infantiles y sus papitos incipientes.

Até ambos palos con un fuerte nudo, susurrándoles un gran y falso secreto.

—Este nudo me lo ha enseñado el capitán.

Le aplaudieron fascinados mientras él, a duras penas, reprimía una intensa expresión de vanidad. Me respondió con una mirada de agradecimiento ante la dulce calma que, al menos por un rato, se vivía por fin en el barco.

—Bueno, ahora tenemos que vestirla. Primero, cerramos los botones de la camisa para que no tenga frío.

Continué mis explicaciones y nudos hasta su terminación.

—¡Ya está! ¡Y ahora a volar!

El éxito fue rotundo pues aprovechamos la ventaja que nos daba el viajar en barco por alta mar a una buena velocidad. Los más espabilados dedicaron el resto de la tarde a volar la cometa para asombro de pequeños y disfrute de sus mayores, quienes por unas horas dispusieron de cierta tranquilidad e incluso se alternaban en ocasiones en el juego, tan fascinados como los niños, siempre bajo la noble excusa de ordenar los turnos. Hasta el capitán parecía pasarlo bien. Intenté conversar.

—También ellos huyen, merecen sosiego.

Me miró sonriente y, tras unos segundos, contestó.

—Sí. Sosiego.

Volví a mis cabos con la intención de avanzar en el libro de don Ignacio. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo iba observando más las evoluciones de la tropa y menos mis deberes, pues la experiencia me hacía

sabedor de que tarde o temprano la paz reinante acabaría en llanto.

—¡Me toca a mí!

—¡Tú has estado más tiempo!

Aquello duró más de lo esperado, hasta el ocaso, cuando una pelea infantil por recuperar el turno perdido hundió la cometa en el agua llevándose consigo la camisa, los palos, la cuerda y la tranquilidad.

La providencia ayudó:

—¡A cenar! ¡Bajad a cenar!

La estampida tras el llamar de las madres fue inmediata. Era la única comida del día. El griterío y el nerviosismo por haber perdido la cometa daban paso al griterío y el nerviosismo por llenar cuanto antes sus estómagos vacíos.

Una mujer se me acercó.

—Señor, si desea un poco de alimento puede usted, si la invitación no le resulta descortés, acompañarnos.

—Se lo agradezco, señora, pero creo que tienen ustedes suficientes ocupaciones. Además, el viaje me está afectando un poco en el estómago. Espero no haberla ofendido.

No era por falta de ganas, sino más bien sabedor de que faltaba para todos.

—Si así lo desea...

Sin mirarme volvió abajo, donde el alborozo de voces infantiles hambrientas y deseosas de alcanzar algún plato de comida se cruzaban con gritos de madres que, pese a los lamentos y llantos desconsolados de otros, les hacían comer aquello por bien de su cuerpo y de su espíritu.

Intenté animarme a mí mismo. Soliloquio obligado.

—¡Edmundo, tu cena te espera! Saca de la bolsa pan y manzana e inicia un nuevo destino hacia la popa del barco. Allí nadie te molestará.

Efectivamente, no había ni un alma. Degusté mi cena con tranquilidad, observando cómo el cielo se iba apagando para salpicarse con chispas que daban brillo al mar oscuro. Sin embargo, las estrellas aunque iluminan, no dan calor y la brisa que antes nos mimaba barría ahora la cubierta de forma gélida. De nuevo hablaba sólo.

—Mejor buscar resguardo. Habrá que dormir, o al menos intentar descansar.

Pero el destino persigue al herido y, al entrar bajo cubierta, me encontré con que los lloros y quejas que traen la falta de sueño se habían unido al vaivén de los estómagos llenos, provocando mareos y vomitonas generalizados. Por si fuera poco, la vista de unos a otros multiplicaba los desagües por doquier convirtiendo en insalubre la zona en la que debíamos cobijarnos durante la noche.

—¡Es la mismísima antesala del purgatorio!

Todas las reacciones involuntarias anteriores se combinaron con las necesidades fisiológicas básicas a las que la madre naturaleza nos ha condenado y que en algunos niños, a pesar de su corta edad, se producen con la misma intensidad y fetidez que las de los adultos. Tropecé ascendiendo los escalones y celebré llegar al fresco de la cubierta, aunque casi choco con una figura que rondaba.

—¡Discúlpeme, capitán!

—Insoportable, ¿verdad?

—¡Qué hedor! ¿Existe alguna zona resguardada aquí afuera donde hacer noche?

Señaló una pobre hendidura cercana a la proa.

—Gracias, capitán.

Él añadió algo:

—Prefiero asesinos, maleantes, alcahuetas o cobradores de impuestos antes que niños en un viaje. Deberíamos atarlos a una barcaza y remolcarlos, o emborracharlos hasta que perdieran el sentido.

En aquel momento sus palabras me parecieron sabias y comedidas, dada la situación.

—Con Dios.

Me acomodé en el lugar señalado envuelto en mis pertenencias, dispuesto a pasar la noche y, quizás, dormir. Únicamente la bondad divina que no ahoga consintió que la mar continuara bella durante el resto del viaje, acompañándonos el viento a buen ritmo hacia Getxo y dejando atrás nuestra estela pestífera.

El frío apagaba mi odio por verme huido y cobarde. Pensé en un mantel de hilo, una copa de cristal fino y en el calor que puede dar la compañía de una mujer.

II

Tin, tin, tin.

Luz en los párpados, pero de inmediato oscuridad, como un desmayo. Dolor de espalda, llaman a la puerta. ¿Nadie abre?

Tin, tin, tin.

Sostengo una campanilla de oro. Fría, muy fría, tan intensamente helada que paraliza mi cuerpo. Luz en los párpados, y veo maderas que forman líneas horizontales. Pero la señorita Pili ha hecho café y pastel de manzana para don Ignacio y para mí, gracias. Ella sonrío y me contesta que...

Tin, tin, tin.

Sonidos del mar mientras lucho por abrir los ojos. El sol sobre el puerto de Doolin me molesta, y William salta al agua con un caballo. Les oigo hablar:

— ¿El fuerte de La Galea nos da la entrada?

Tin, tin, tin.

Sonido de rachas de olas cada vez de mayor tamaño rompiendo sobre la playa hasta que, finalizada la serie “tin, tin, tin”, vuelven a empezar. ¿Última ronda en la campana de la taberna?

Tin, tin, tin.

Abrí los ojos. Las maderas del suelo formaban líneas horizontales. Estaban bien clavadas. El pez entre

las traviesas. Bostecé y me di la vuelta, con dolor en todo el cuerpo. La claridad de la niebla me cegaba, pero alcanzaba a entrever alguien de pie cerca de mí. Era quien tocaba la campana.

Tin, tin, tin.

Buque *Alproja*. Amanecía. Intenté incorporarme, pero el frío apenas me permitió quedar sentado. Una voz.

—¡Piloto! El fuerte de La Galea nos ha dado ya la señal de entrada.

Era el capitán. Le miré y me habló.

—Señor, en pocos minutos atracaremos en el puerto de Algorta.

Asentí y bostecé otra vez. ¿Un puerto? La niebla no dejaba ver más allá de dos metros.

—¡Arriba!

Me apoyé en la amurada. Debajo no había mar, sólo una capa blanca, densa y fantasmagórica. Parecía que el barco se deslizaba sobre nieve, entre los quejidos de la madera y el batir de las olas contra la costa, que imaginé cercana. El azul del cielo intentaba entrar. El capitán comentaba con el piloto.

—Un día soleado, otra vez. Maldita sequía.

El cambio de viento por el amanecer diluía la niebla dejando entrever la imagen de un acantilado cortado en líneas oblicuas de roca gris y marrón. El lugar resultaba realmente bello, y conocido.

—¡Es imposible!

Reconocía la costa de Moher. ¿Era una trampa? ¿Nos devolvían a tierra de nuevo? Miré al capitán. Me habló sin desviar la vista del rumbo.

—Señor, dicen que en la niebla cada uno ve lo que desea. Por esa razón le agradecería que despeje su mente

y preste atención a lo que tiene delante, y no a lo que su pasión anhela.

Volví la cabeza hacia el acantilado. Tenía razón.

—Discúlpeme, el lugar tiene una perturbadora similitud, pero definitivamente es distinto.

Mi cabeza había completado las sutiles diferencias intentando consolar las emociones, pero allí no estaba la cabaña del faro, ni las demás referencias de mi hogar.

—No se preocupe, señor. No ha sido usted el primero, ni seguramente el último.

No respondí, tampoco él esperaba que lo hiciera. Avergonzado, recogí mis cosas y me dirigí lo más lejos que pude, a popa. El sol iluminaba poco a poco un espectáculo de acantilados verticales y grises que crecía en intensidad y belleza a medida que nos acercábamos. Sobre ellos comenzaba a lucir un cielo azul. Una manita cogió la mía.

—¿Nos vas a hacer otra cometa?

Sonreí a la niña, pelo caracoleado y ojos enormes. Mi aturdimiento era tal que ni siquiera me había dado cuenta de cómo las familias salían a cubierta en silencio cual fantasmas, mirando el lugar entre temerosos y esperanzados. Espontáneamente improvisamos una oración común. Poco a poco la niebla se retiraba y el futuro era ya una realidad visible. Comentábamos la situación.

—La vista se adivina alentadora.

—Mirad. El final del acantilado desciende hasta una playa.

Viramos a estribor colocándonos paralelos a la arena. El viento venía del sur, de tierra, regalándonos un

intenso olor a verdín y a vida que ponía fin a tanto sabor a mar y a sal.

Ella apretó aún más mi mano.

—Huele a flores.

—Sí, chiquitina. Viene de allí, de los pastos sobre la playa.

Una loma ascendía verde, salpicada con pequeñas casas blancas, muy diseminadas. Soltó mi mano y corrió adelante.

—¡Mirad, corderitos blancos!

Era cierto, las casas repartidas sobre la hierba se asemejaban a ovejas pastando plácidamente, dispersas por la costa. Saqué mi libro sobre Getxo y revolví entre los dibujos de don Ignacio buscando mi situación.

—Esa roca de líneas rectas que sobresale del agua...

Su nombre en el mapa era la peña Piloto. Tras pasar a su lado, el barco se clavó de proa tras un nuevo giro, esta vez a babor.

—¡Cuidado!

Casi caímos sobre cubierta debido al viento que arreciaba fuerte de frente. Provenía de unos grandes arenales y confirmaba mis cálculos.

—Sí. Al este hemos dejado la playa de piedras y una pequeña zona de costa quebrada, Kantarepe. Al oeste tenemos un inmenso monte de forma triangular, parece que lo corona un fortín. ¿Qué pone aquí? Zarantes, Zarrantes... ¿Sarantes?

Los niños corrían por el barco jugando entre gritos y lloros, excitados por la inminencia del desembarco. Extraño mecanismo es el que hace que salga el sol cada día, y ese mismo resorte debe ser el que poseen para recuperarse, regenerarse y olvidar las malas experiencias.

—¡Largaos de aquí, monstruos de baja estatura!

Frente a proa apareció una construcción horizontal que parecía querer cortar nuestro avance por momentos. Pasé las hojas apresuradamente intentando que no volara ninguna

—¡Aquí está! Es la trasera del muelle. ¡El puerto de Algorta!

Y entonces, a la izquierda, apareció mi destino. Gran cantidad de casitas blancas de pescadores se distinguían hasta el cielo, prácticamente unas encima de las otras en competición por ver cuál sobresalía sobre las demás entre el escaso espacio monte arriba.

El capitán oficializó lo que ya era evidente.

—¡Hemos llegado!

Su voz nos sacó a todos de un aturdimiento que se tornó en frenesí por desembarcar. Las familias intentaban engañar el nerviosismo con la actividad, recogiendo enseres y dando voces para reagruparse. Las dificultades del viaje se habían olvidado.

Pequeñas embarcaciones de pesca se cruzaban con nosotros, curiosas.

—¡No hay tregua con los moscones, piloto! Doble cerveza si algún pescador salta al agua.

El capitán parecía divertirse intimidando a los pequeños botes, que tras una vista rápida se escabullían sin dudar.

Por fin encaramos la entrada del puerto, girando completamente en redondo a babor hasta que, con ayuda del viento sur en popa, la nave se deslizó con suavidad junto al embarcadero en una perfecta maniobra final.

La voz del capitán esta vez fue un susurro.

—*Heldu gara. Etxean gagoz berriro, eskerrak Jainkoari.*⁷

Frente a mí, el puerto de Algorta. Casitas blancas con ventanas y puertas de vivos colores se encaramaban hasta lo alto de una pequeña cumbre. Sus peldaños se repartían estrechos y desordenados entre los escasos huecos que permitían las viviendas.

Escudriñé el muelle.

—Iñaki. Hombre delgado, de pelo rubio ondulado y buen vestir.

Ninguno de los que aguardaban allí en el puerto coincidía con la descripción del sobrino de don Ignacio.

—Dónde estarás.

Disimulé derrochando educación, colaboraba para que las familias me adelantaran en el desembarco y observaba sus múltiples recibimientos.

—¡Tía Elizabeth!

—¡Cuánto habéis crecido!

—¡Os he echado de menos!

—¡No lloréis!

Reencuentros, abrazos.

Los nuevos habitantes, sus ilusiones y sus miedos, eran recibidos por antiguos pasajeros del barco. Parecían felices, se les veía bien.

Yo, en cambio, no deseaba ver a nadie, al menos a nadie que no fuera el sobrino de don Ignacio.

—Vamos, Iñaki, aparece de una vez.

Poco a poco, los desembarcados y acompañantes daban ya la espalda al barco, por lo que la evidencia era clara. Sólo quedaba yo a bordo, así que tuve que coger mis cosas y pisar el muelle, arengándome a mí mismo:

⁷ Hemos llegado. Estamos en casa de nuevo, gracias a Dios.

—Edmundo O’ Shea, comerciante irlandés de noble familia. ¡Salta del barco y comienza tu nueva vida!

Y así lo hice, si bien tanta demora me dejó solo y al descubierto sobre la dura piedra del embarcadero. Mis compañeros de viaje, algunos andando y otros montados en carros tirados por bestias, avanzaban por el camino junto al mar hacia un gran arenal que se extendía a lo lejos. Ninguno subía entre las casas del puerto. Tampoco veía llegar a nadie por las escaleras que se derretían sobre las calles, grises y marrones.

—¿Y ahora qué? No tiene sentido caminar sin rumbo. ¿Espero aquí?

Hasta los marineros del *Alproja* terminaban sus labores y también se iban.

—Adiós, señor.

—*Adiskide onak, orduak labor.*⁸

Rieron y se perdieron escaleras arriba tras piropear a unas mujeres que llevaban ropa a un lavadero cercano. Junto a este, un poco más allá, una señora vestida con una bata alegre y floreada pintaba un cuadro sentada en una banqueta. El pelo y la vista los cubría del sol con una pabela blanca. Su pintura se apoyaba en un caballete muy usado. El sentimiento artístico de la imagen me hizo acercarme a ella.

—Buenos días.

—*Egun on, bai.*⁹

—¿Le importa que mire su cuadro?

—Para eso lo pinto. Y como podrá comprobar, es precioso.

⁸ Con buenos amigos, las horas pasan rápido.

⁹ Buenos días, sí.

—Sí que lo es. La vista del puerto, el mar y el arenal resultan impresionantes.

—Tenga en cuenta, caballero, que según la luz de cada momento la naturaleza nos ofrece una nueva perspectiva. Este paisaje cambiará a lo largo del día.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo con usted, señora. A mí me gusta contemplar el amanecer, y también el momento en el que el sol se pierde en el horizonte.

El capitán, sonriente, se acercó también hasta nosotros. Ella le habló.

—¿A qué esperas para dar un beso a tu madre?

—¡Y también un fuerte abrazo!

—¡Vale, vale! Que me vas a romper algún hueso.

La pintora se quejaba sin demasiada oposición. Seguramente esperaba así cada arribada del barco, preocupada. Al fin y al cabo, los hijos son siempre hijos. Y entonces llegó mi sorpresa.

—Ama, el señor es el caballero irlandés de don Ignacio, el que esperábamos que cualquier día cayera por aquí.

—¿Pero, cómo...?

Él propio capitán me respondió.

—Todos conocemos a don Ignacio. Nunca ha dejado nada a medias. ¿Verdad, ama?

—Nunca, nada al azar, siempre todo atado y bien atado. Quizás hasta demasiado previsor, para mi gusto. ¡Hay que ser un poco más natural!

—En fin, señor O'Shea, que don Ignacio nos puso a todos al corriente de los hechos en Irlanda. Por ello le esperábamos en cualquier momento.

— Gracias, no sé qué decir. Él me advirtió que me esperaba su sobrino, Iñaki.

— El profesor es igual que él, pero en joven.

— Ama, por favor. Dejemos desembarcar al señor en paz.

— Yo no digo nada raro. Simplemente sucede que a don Ignacio le conozco más que tú, aunque es mayor que yo por supuesto. Y a su sobrino, el profesor, también le tengo calado. Y creo que es demasiado estirado. ¡Nada más! No se trata de ninguna ofensa. Es una mera opinión.

— Bien, decía que le esperábamos. Ella es mi madre, María Luz, Sol o Argiluz, según firme en cada obra. Es nuestra pintora local más ilustre, aunque ahora frecuenta tierras del sur.

— Encantado, señora.

— Bienvenido, señor O'Shea. Espero que sea feliz en nuestra tierra.

— Gracias. Yo también lo espero así.

— De todas formas, ¿qué tal se encuentra don Ignacio?

— Perfectamente, ya sabe la energía que derrocha trabajando en salvar almas. Añora estos lugares, y ahora comienzo a entender sus razones.

— Exacto. ¡Pero basta ya de charla! Siento no poder seguir hablando con usted, debo continuar o de lo contrario cambiaré de nuevo la luz. ¡Ah!, y si alguna vez desea aprender a pintar, o adquirir un cuadro, recuerde consultarme.

— Gracias, seguro que lo haré. Me encanta la pintura.

— Y tú, Álvaro, hijo mío, cuídame un poco mejor, que entre tus hermanos y tú me vais a hacer vieja pronto.

Se despidió de ella con otro sonoro beso en la mejilla.

—Señor O'Shea —dijo el capitán volviéndose a mí—, escólteme hasta la taberna y le invito a un trago.

Su mirada era cómplice. Yo no tenía donde ir, ni con quien. Sobraban las explicaciones.

—Es usted muy amable, le acompaño agradecido.

Dejamos pues allí a la artista con sus bártulos para dirigimos hacia la taberna, que se situaba iniciadas las escaleras que ascendían a las casas blancas

—Esa cometa suya ha salvado la vida de los niños. No es el primer viaje en el que cae alguno al agua sin que lo veamos.

—Gracias, me alegro de haberle sido útil.

Mientras subíamos los pocos peldaños que llevaban a la puerta de aquel lugar, dirigí de nuevo la mirada hacia el paisaje. El capitán se dio cuenta de la admiración con la que lo contemplaba.

—Si le es posible, no deje de venir aquí para disfrutar de estas vistas, sentado en las escaleras con una buena jarra de cerveza. ¿Y ve aquellas arenas de allá a nuestra izquierda? Dicen que curan. Los pudientes lo saben y cada vez se llenan más de ellos.

—Es un lugar realmente precioso.

—Sí que lo es. Es mi tierra. Y aún no ha visto el mar a ese otro lado, cuando se acerca enfurecido hacia el Fuerte de La Galea. El espectáculo atraviesa el alma.

Llegamos a la taberna. Sobre la entrada colgaba un letrero de madera barnizada, poco cuidada. Parecía que ponía *Portu*¹⁰, aunque no pude entenderlo bien.

¹⁰ Puerto.

—Pase usted, señor irlandés.

El lugar estaba vacío, a excepción de la barra, donde había un hombre secando vasos. El capitán le saludó efusivamente.

—Egun on. Este es el irlandés al que esperaba el sobrino de don Ignacio. Edmundo, le presento a mi hermano Diego, el pequeño de la familia.

—Sea usted bienvenido.

—Gracias.

—Y siempre lo sea el que huye, aunque lo haga de sí mismo.

Parecía como si aquel hombre me conociera de toda la vida. Seguramente también él estaba al corriente de mi eventual aparición.

El capitán volvió a hablar en aquel extraño idioma.

—*Emaiozu salda berezia, merezi du`ta.*¹¹

Y al instante Diego, guiñándome un ojo, llenó una taza con un líquido caliente y la colocó sobre una de las mesas que había detrás de nosotros. El olor que emanaba era sabrosísimo.

—*Salda goxua, kapitanaren oparixe! Zerbait gogorxeago ere sartu dut barruan.*¹²

—Gracias —correspondí con mi mejor sonrisa.

Me senté en un taburete dando un primer sorbo a aquello. Tras el gusto suave a verdura y gallina, llegó el regusto enérgico de algún tipo de licor de muy alta graduación que, al parecer generosamente, completaba aquel bebedizo.

¹¹ Dale un caldo especial, que se lo merece.

¹² ¡Caldo rico de parte del capitán! También he metido dentro algo un poco más fuerte.

Tosí buscando un poco de aire. Sabía a gloria, pese a que me adormecía el paladar.

—*Ilea erreko hau*.¹³

Mientras el tal Diego servía al capitán, el crujir de los listones y el serrín bajo sus pies le daba musicalidad al lugar. Una taberna empapada del inconfundible olor a madera mil veces mojada en vino y cerveza. Inspiré hondo llenando mis pulmones de aquella sensación.

Si cerraba los ojos podía sentir que estaba en cualquier local de Irlanda.

Dos amplios ventanales abrían unas vistas directas al puerto llenando el interior de claridad, compensando la sensación de presión y oscuridad que provocaban sus techos bajos y las traviesas de madera. Meditaba, a medida que el líquido me llenaba.

—Se asemeja al interior de un barco.

Aquellas paredes de piedra vista se me antojaban excesivamente decoradas, sobrecargadas. Todos los aderezos eran ya antiguos, amarillentos y, quienquiera que fuera el artífice, se notaba que sentía pánico ante la posible existencia de espacios sin adornar. Grandes cuadros de nudos marineros hechos con cuerda blanca y clara acumulaban polvo y grasa tornándose amarillos. En los espacios restantes de pared abundaban imágenes de peces y un arsenal de pequeños motivos náuticos. Anclas, garfios, escotilla... había conseguido llenar la totalidad de la superficie.

Un tanto afectado ya por los vapores del bebedizo, volví la atención a los hombres que charlaban.

—¿Lluvia?

¹³ Se te va a quemar el pelo.

—Ni una gota.

—*Matxinadarik?*¹⁴

No obtuvo respuesta. Después, mirándome por el rabillo del ojo, negó con la cabeza. En ese momento entró un hombre barbudo. Vestía atuendo para hacer camino, con una concha colgada en el pecho.

—*Kaixo, aita.*¹⁵ ¡Reunión familiar! Una novedad en nuestra estirpe. Edmundo, este es don Roberto, nuestro padre.

Toqué mi frente a modo de saludo.

—¿De nuevo hacia Santiago, padre? ¿Cuántas veces van ya?

—Menos de veinte.

—¡Brindemos por ello! Y que sean muchas más.

Había oído hablar del Camino de Santiago, pero lo situaba en otro lugar. Quizás fue el caldo lo que me animó a preguntar.

—Disculpe, ¿por aquí también se va a Santiago?

Su expresión resultó irónica.

—Vaya, la interpelación habitual. Verá, señor, le responderé con otra pregunta. ¿Sabe usted a dónde lleva el Camino de Santiago?

—Supongo que a Santiago de Compostela, ¿no?

—Visto así, estamos en el Camino correcto, pues aquél que llaman francés y que nace en Roncesvalles puede hacerse por esta costa.

—Pero... —añadió el capitán, sonriendo como si fuera a escuchar algo mil veces repetido y dando un gran trago a continuación.

¹⁴ ¿Revueltas?

¹⁵ Hola, padre.

—Pero —continuó el peregrino— el Camino de Santiago en realidad le llevará a conocerse mejor, a un viaje interior, y por ello el comienzo y el final estarán dentro de cada uno. Y la ruta también, aunque acabará, desde luego, con la llegada a Santiago.

Asentí un tanto avergonzado por mi interpretación escasamente espiritual del Camino y me volví para dejarles en su coloquio familiar. Un nuevo sorbo de aquel caldo milagroso me recordó mi situación. En cierto modo, sentía injusto que la vida aquí pudiera seguir adelante de forma normal, ajena a mi huída de un mundo desintegrado, como si nada hubiera sucedido. Era un rencor indigno, pero inevitable.

Intenté pensar en otra cosa, pero mi mente seguía inquieta. Seguramente hablaba en alto.

—Debo contactar con Iñaki. Pero, ¿cómo y dónde?

Echaba de menos no poder consultar aquella circunstancia con don Ignacio. Me había acostumbrado a sus charlas. En el fondo de mi ser latía un sentimiento inconsciente. Seguro que él, con su pausada sabiduría, habría relativizado todos mis problemas. Lo imaginé sentado en otro taburete frente a mí, aquí en su tierra, charlando con aquellos hombres y templando su ánimo.

—Ya llegará —diría seguramente—, el viaje ha sido bueno, el día es precioso, hace calor y el sol brilla. Estás sentado bebiendo un caldo reparador. ¿Qué más puedes pedir? *Lasai*¹⁶.

Una sombra se recortó entonces en la entrada. El dueño saludó sonriente a la figura, al tiempo que me señalaba.

¹⁶ Tranquilo.

—*Kaixo, Iñaki. Hemen duzu txoritxue.*¹⁷

Avanzó despacio por la madera gastada.

—¿Edmundo? ¿Edmundo O’Shea?

—Sí.

Sonrió y, sin tomar asiento, me extendió la mano al tiempo que me hablaba de manera cercana.

—Soy Iñaki. Disculpa mi tardanza. Mis amigos te han recibido bien, supongo.

Don Ignacio me había advertido sobre la costumbre lugareña de tutear, señalándome que debía corresponder igualmente para no parecer desconsiderado.

—No proceden disculpas, Iñaki, a menos que sean las mías por aparecer de improviso en... en tu vida. Ciertamente, estas personas me han proporcionado mesa y caldo, y por ello siempre tendrán mi gratitud.

—Ya huelo, ya. Un buen desayuno. Marea incluso desde aquí arriba. Le has debido caer bien a Diego. Venga, ¿sólo tienes este equipaje? ¿Estas son todas tus posesiones?

—Sí, no tengo nada más.

Toda mi vida estaba allí, en un saco. Mi pasado y mi presente. Me sentí ridículo.

—Pues venga, *goazen*¹⁸. Te llevaré a un lugar para que puedas descansar.

Comencé a colocarme mi bolsa al hombro y, para entonces, él ya avanzaba hacia la puerta. Le seguí, no sin antes despedirme de los allí presentes.

—Muchísimas gracias por todo, señores. Han sido ustedes extraordinariamente amables. Me encontraba

¹⁷ Hola, Iñaki. Aquí tienes al pajarillo.

¹⁸ Vamos.

totalmente desorientado y su acogida ha supuesto una bendición para mí.

—*Agur*¹⁹.

—*Aio*²⁰.

Tan escasa palabra debía esconder un contenido tremendamente rico y exuberante ya que tras despedirme con la mano de manera cordial, siguieron charlando de sus asuntos, olvidando mi presencia. Al parecer, un simple *agur* y una mirada bastaban como despedida. Con ese pensamiento salí por la puerta, encontrándome frente a frente con Iñaki, iluminado por un intenso sol que había subido al cielo azul y calentaba agradablemente.

Le observé. Era tal y como lo describió don Ignacio, delgado, de pelo rubio ondulado y buen vestir. Nuestra complexión era similar, fibrosa. Al verle bien la cara me sorprendió lo mucho que se parecía a su tío.

Apoyó una mano en mi hombro.

—Vamos a casa.

A casa. ¿Y dónde estaba ahora mi casa?

¹⁹ Saludos.

²⁰ Adiós.